

CASTILLA, MANUEL J.

EL CABALLO MUERTO

Si tu cabeza no estuviera muerta
y el aire fuera libre pradería,
se dijeran los juncos que en la arena
está tu calavera todavía.

Para un caballo muerto en el otoño
entre senderos y bejucos claros,
florece el campo de hojas estrujadas
y crece un cielo de ojos de caballos.

Como una mano el costillar de azúcar
suelta en el aire pájaros oscuros.
Si el caballo sintiera, pensaría
que lleva niños a los cuatro rumbos.

La hierba que sus cascos apretaran
se torna mies y por sus ojos crece.
Y el caballo no sabe que a esa hora
hay un caballo que desaparece.

EL TREN

Padre, ya viene el tren de Alemania,
anúncialo tocando la campana,
ponte la gorra, cierra la ventana
que ya no hay nadie en la boletería.
Madre, ya viene el tren con su alegría
y el crisantemo de humo que desgrana.
No sé por qué te siento más lejana
cuando lo mira tu melancolía.
Oh padre, adiós perdido entre los trenes,

nadie despide a nadie en los andenes
donde no sé por qué yo siempre espero,
nadie despide a nadie hasta que un día
en un remoto tren de Alemania
adolescente, con ustedes, muero.

ESTA TIERRA ES HERMOSA

Esta tierra es hermosa.
Crece sobre mis ojos como una abierta claridad
asombrada.
La nombro con las cosas que voy amando y que
me duelen;
montañas pensativas, lunas que se alzan sobre el
Chaco
como una boca de horno de pan recién prendido,
yuchanes de leyenda
en donde duermen indios y ríos esplendentes,
gauchos envueltos en una gruesa cáscara de
silencio
y bejucos volcando su azulina inocencia.
Todo eso quiero.
Y hablo de contrapuntos encrespados
y de lo que ellos paran virilmente sangrientos
cuando el vino en la muerte es un adiós morado.

Esta tierra es hermosa.
Déjenme que la alabe desbordado,
que la vaya cavando
de canto en canto turbio
y en semilla y semilla demorado.
Ocurre que me pasa que la pienso despacio
y que empieza a dolerme casi como un recuerdo,
y sin embargo, triste la festejo.

Mato los colibríes que la elogian
como quien apagara los pétalos del aire.
Hondeo como un niño ángeles y campanas
y cuando así, dolido, la desnudo,
cuando así la lastimo,
me crece, ay una lágrima en la que apenas si me
reconozco.

Digo que me le entrego.
Digo que sin saber la voy amando,
y digo que me vaya perdonando
y en un perdón y en otro que le pido
digo que alegremente voy sangrando.

LA CASA

Ese que va por esa casa muerta
y que en la noche por la galería
recuerda aquella tarde en que llovía
mientras empuja la pesada puerta,
ese que ve por la ventana abierta
llegar en gris como hace mucho el día
y que no ve que su melancolía
hace la casa mucho más desierta,
ese que amanecido, con el vino,
se arrima alucinado al mandarino
y con su corazón lo va tanteando,
ese ya no es, aunque parezca cierto,
es un Manuel Castilla que se ha muerto
y en esa casa está resucitando.